

MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión: *En el Perú y al servicio de España. La trayectoria del cónsul Antonio Pinilla Rambaud, 1918-1939*. Lima. 2008. Pontificia Universidad Católica del Perú. Instituto Riva-Agüero. 217 pp.

La monografía que nos ocupa profundiza en distintos planos de las relaciones entre España y el Perú a comienzos del siglo XX, tomando como eje la actividad de Antonio Pinilla Rambaud, quien ocupó el cargo de cónsul español en Lima entre los años 1918 y 1939. Desde los planteamientos recientes de la historia de las relaciones internacionales, diplomacia, política, sociedad y cultura se cruzan para componer un cuadro que desvela cuestiones poco conocidas de lo que fueron los parámetros de los vínculos entre España y su última posesión continental en América

La organización de la obra combina criterios cronológicos y temáticos, que se van cruzando hasta proporcionar un estudio completo y exhaustivo. Para situar las coordenadas de lo que fue la actividad del Consulado, se presentan los perfiles de las relaciones entre España e Hispanoamérica desde comienzos del siglo XX, incidiendo en el cambio de objetivos y preferencias internacionales de España, que por entonces derivaban hacia el Magreb y Europa occidental mientras Hispanoamérica estaba relegada en las prioridades del Ministerio de Estado. Antonio Pinilla fue cónsul de carrera, con una formación liberal que le llevó a vincularse al Instituto de Libre Enseñanza y al Ateneo Científico y Literario de Madrid. Antes de ser destinado al Perú, y tras aprobar las oposiciones en 1915, ocupó el puesto en Liverpool, centro neurálgico de las comunicaciones entre España y América en el que adquirió una experiencia que trasladaría a su gestión en el Perú.

Después de esta presentación necesaria, la investigación se adentra en la actividad consular llevada a cabo por Antonio Pinilla en Perú, entendida como un complejo circuito de relaciones que se insertan en el proceso político, económico y cultural de la República del Perú. Desde el último civilismo hasta el régimen de Benavides y pasando por el Oncenio, Pinilla se preocupó por registrar el trasfondo de la realidad peruana. A poco de comenzar su trabajo se iniciaba el Oncenio liderado por Augusto B. Leguía (1919-1930), un periodo de modernización autoritaria que la autora compara en algunos de sus aspectos con la Dictadura de Primo de Rivera en España. Advierte la singularidad de que un cónsul, puesto diplomático, se mantuviera en el cargo por un periodo excepcionalmente largo. Pinilla estuvo al frente del Consulado mientras en España se sucedían los últimos gobiernos de la Restauración y los años iniciales de la Segunda República, ejerciendo como un funcionario eficaz y práctico, y constituyéndose en un elemento que dio continuidad e intensidad a las relaciones. Y así fue hasta que la sublevación militar de julio de 1936 introdujo un giro en la diplomacia española en Hispanoamérica y provocó que la cabeza de la legación se alineara junto a Franco

La exposición de las poliédricas actividades que desarrolló Pinilla al frente del Consulado español en Lima comienza con el análisis de la situación de los españoles en el Perú sobre la que envió distintos informes al gobierno. Pese a que eran años de grandes migraciones a América, exceptuando el periodo que comprendió la Primera Guerra Mundial, el Perú no fue destino prioritario por la situación económi-

ca del país y las trabas de la legislación. La lejanía, la baja demanda de mano de obra por la disponibilidad de población india, negra y asiática, y el hecho de que las actividades mineras en altura no fuesen recomendables para la población europea supusieron un freno para los emigrantes españoles que preferían destino atlánticos o caribeños. Sin poder precisarlo por falta de datos, Pinilla reiteraba que la colonia española no superaría las 3.000 personas

Una de las tareas que se propuso fue dinamizar las relaciones económicas, particularmente las comerciales. En sus análisis exponía sus quejas porque España no supiese aprovechar su estatus de nación más favorecida con el Perú según los tratados bilaterales de 1879 y 1897. Pinilla elaboró informes sobre las medidas que se debían adoptar para la mejora del comercio, incidiendo en los sectores que pudiesen ser de mayor beneficio para España. Una de las demandas constantes del cónsul fue que España propiciara la llegada de una línea directa de transporte marítimo porque la dependencia de las extranjeras era total. Durante un breve periodo de tiempo, la Compañía Trasatlántica del marqués de Comillas llegó al Callao, pero lamentablemente Pinilla tuvo que reconocer el fracaso económico de la experiencia. Tampoco tuvo éxito la celebración de la Feria de Muestras Españolas en 1924 por la mala planificación y el escaso interés de las autoridades locales.

Entre las misiones del cónsul estaba el relacionarse y fomentar las actividades de la colonia española. Aunque reducida, algunos de sus miembros llegaron a hacer fortuna y se integraron en los circuitos de poder económico y social. Pinilla mantuvo buenas relaciones con los notables de la colonia, apoyándoles en iniciativas relacionadas con el fomento de la presencia española. La monografía toma como ejemplos la cercanía con empresarios, terratenientes y mineros como Luís Albizuri. Albizuri fue el primer alcalde extranjero de Lima, que dejó el legado de una *Biblioteca Luís Albizuri*, de la que Pinilla se ocuparía, cuyo local también serviría para albergar las Academias de la Lengua, de la Historia y de Medicina de Perú. El matrimonio con María Isabel Sánchez Concha fue un punto de apoyo clave para Pinilla y también una llave de acceso a la alta sociedad limeña. Su inserción en dichos círculos queda demostrada por su participación en una de las más importantes revistas culturales, el *Mercurio Peruano*, y la relación con intelectuales de la talla de José de la Riva Agüero y Víctor Andrés Belaunde.

Pinilla entendía la cultura como un campo de enormes posibilidades para intensificar las relaciones bilaterales y emprendió varias empresas culturales, como una misión, en la línea de su maestro Rafael Altamira. Desde el Consulado dinamizaría propuestas para proyectar la imagen de España, y dos acontecimientos simbólicos le sirvieron para desarrollar sus objetivos: los centenarios de la Independencia y de la batalla de Ayacucho. Quizás, una de sus intervenciones más sobresalientes fue el apoyo a la colonia para la erección del Arco Neomorisco, obsequio de los españoles al gobierno del Perú con motivo del centenario de la Independencia y que se inauguraría coincidiendo con el aniversario de Ayacucho en 1924.

En el marco de la cultura dio especial atención a la educación, en la convicción de que el intercambio de estudiantes y profesores era una plataforma privilegiada de acercamiento. Como en otros campos, no encontró la respuesta necesaria por parte

de los gobiernos españoles que se implicaron más bien poco en la profundización de las empresas y las manifestaciones culturales. Pinilla expresó su profundo pesimismo en muchos de sus escritos, refiriendo que “La ceguera de España por América llega a dolernos en nuestro corazón de patriotas”.

Retomando el fondo político, una de las partes con mayor peso de la obra es la que se ocupa de la opción tomada por Pinilla en relación con el estallido de la Guerra Civil Española. En el conflicto, varias circunstancias lo llevaron a alinearse con el bando de los militares sublevados. A lo largo de los años, Pinilla había sido un funcionario eficaz, dedicado a todas y cada una de sus y tareas mientras en España se sucedían los gobiernos. Y así lo hizo cuando la Segunda República ganó las elecciones en abril de 1931. El triunfo del Frente Popular, la formación de un gobierno con participación de los comunistas y la sublevación de julio de 1936 hicieron que Pinilla se alineara. Junto con otros miembros de la legación tomó partido, manteniéndose como representantes oficiosos de la Junta de Burgos mientras la Segunda República encargaría, meses después del comienzo del conflicto armado, todos sus asuntos diplomáticos a México.

La división de la sociedad entre partidarios de la República y franquistas se reprodujo allí donde hubiese españoles. Perú no constituiría una excepción y las divergencias se instalaron en la colonia en Lima. Los últimos tiempos de la estancia de Pinilla fueron complicados. El cónsul entró en la dinámica del enfrentamiento de notables de la colonia y el ministro plenipotenciario oficioso Luis Avilés y Tiscar. La monografía sigue en profundidad lo que fue un conflicto de autoridad en el que el ministro Avilés y Tiscar hizo valer su superioridad llegando a despojar a Pinilla de su cargo. El cónsul ejerció su defensa legítima, pero en España la guerra concentraba la atención. Finalmente se llegaría a una salida diplomática y Pinilla sería destinado al frente de la legación en Bolivia. Moriría en La Paz, pocos días después de su llegada.

El balance de la investigación es el de un estudio de las relaciones entre España y el Perú a través de la gestión de un funcionario que estuvo al frente del Consulado durante muchos años y, por lo tanto, conocía muy bien el funcionamiento de la legación y cómo podían manejarse los asuntos. A través de su trayectoria se advierten los límites y carencias de las relaciones bilaterales, y también sus avances. Se trata, en definitiva, de un estudio que recupera un caso apenas conocido a diferencia de lo que sucede en lo que fueron las relaciones de España con México, Cuba o la Argentina. Para su elaboración la autora ha acudido a fuentes numerosas y diversas, muchas de ellas inéditas. La exhaustiva consulta de archivos españoles y peruanos se ha visto complementada con publicaciones periódicas de ambos países y con la amplia producción escrita realizada por Pinilla durante su estancia en el Perú. La inclusión de fotografías, muchas de ellas procedentes de la familia del cónsul, complementa el aparato crítico en el que sustenta la obra.

Francisco CAPILLA MARTÍN